

ediciones
castillo

ANNA GOODALL



MAGGIE BLUE
y
EL CUERVO BLANCO

MAGGIE BLUE y EL CUERVO BLANCO



macmillan
education

COORDINACIÓN DE LA COLECCIÓN: Miriam Martínez Garza

EDICIÓN: Ariadne Ortega González

COORDINACIÓN DE DISEÑO: Javier Morales Soto

SUPERVISIÓN DE DISEÑO: Gabriela Sánchez Valle

DIAGRAMACIÓN: Mario Carrasco Teja

TRADUCCIÓN: Joaquín Díez-Canedo F.

Maggie Blue y el cuervo blanco

Título original en inglés: *Maggie Blue and the White Crow*

Texto D.R. © Anna Goodall

Ilustraciones D.R. © Sandra Dieckmann

Publicado por vez primera en 2023 en Reino Unido por Guppy Books.

PRIMERA EDICIÓN: noviembre de 2025

D.R. © 2025, Macmillan Educación, S.A. de C.V.

Publicado bajo el sello Ediciones Castillo.

Ediciones Castillo ® es una marca registrada.

Macmillan Educación forma parte de Macmillan Education.

Insurgentes Sur 1457, piso 25,
Insurgentes Mixcoac, Benito Juárez,
C. P. 03920, Ciudad de México, México.
Teléfono: 55 5482 2200
Lada sin costo: 800 536 1777
www.edicionescastillo.com

ISBN: 978-607-600-198-1

Esta obra en su integridad y los derechos contenidos en ella están protegidos por la Ley Federal del Derecho de Autor y la Ley Federal de Protección a la Propiedad Industrial, por lo que no podrá ser fotocopiada, publicada, reproducida, distribuida, vendida o transmitida total o parcialmente, por cualquier medio, soporte impreso o digital sin autorización del editor, o crear obras derivadas de ella. Asimismo, queda prohibido cualquier uso sobre esta obra, sea total o parcial, con fines de entrenamiento de cualquier clase de inteligencia artificial, minería de datos y textos, incluyendo, pero no limitado, a la generación de obras derivadas o contenidos basados total o parcialmente en esta obra y cualquiera de sus partes pertenecientes a Macmillan Educación, S.A. de C.V. La violación a estas disposiciones constituye una infracción en materia de comercio, de derechos de autor y un delito.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

MAGGIE BLUE y EL CUERVO BLANCO

ANNA GOODALL

Traducción de Joaquín Díez-Canedo F.

CASTILLO  DE LA LECTURA



Para Juno

macmillan
education



PRIMERA PARTE



macmillan
education



1

SEÑORITA NADIE

La pajarita reyezuelo azul se había posado en una rama; era tan ligera que se movía junto con ella, mecidas por la brisa que intentaba, sin éxito, aplacar un poco el calor de finales de junio. Observaba a la niña como la había estado observando a lo largo del invierno, la primavera y, ahora, el verano.

Maggie Blue estaba tumbada al sol sobre un tapete, junto a la considerable extensión del gato tuerto atigrado, su fiel compañero. La niña era bajita y delgada; no ocupaba mucho espacio. Su cabello fino se desparramaba desordenado. Sus ojos grises, cerrados en ese momento, eran a todas luces demasiado grandes para su rostro y a menudo su color cambiaba al verde o al gris claro, los colores del mar en este mundo.

La reyezuelo no había hecho el intento de leerla; no eran esas sus órdenes. Se había limitado a observar. La niña era tímida y había en ella una profunda melancolía que Bathsheba asociaba sin poder evitarlo con su figura diminuta. Aliviaban esa disposición estallidos ocasionales de carcajadas y, otras veces, una cólera feroz que encendía sus ojos y teñía su piel de un rojo intenso.

Maggie Blue era capaz de cruzar entre mundos; por eso Bathsheba sabía que era extraordinaria. Sin embargo, pasaba

sus días ocupada en cosas muy comunes y corrientes. Se iba a pie a la escuela, asistía a clases, volvía a pie a casa, se tendía en el sofá polvoriento a platicar con el gato (Bathsheba nunca antes se había topado con un humano capaz de hablar con un animal, otra cosa curiosa) y miraba imágenes que aparecían y desaparecían de una pantalla delgada como un papel. La niña dormía, se bañaba con asombrosa frecuencia, tenía pesadillas y, de un tiempo a la fecha, se la pasaba siempre con otros dos niños: uno pálido y muy rubio, la otra delgada y morena.

El ruido estridente de un timbre llegó en oleadas al jardín a través de una ventana abierta. La niña se espabiló y enseguida se puso de pie de un salto y entró corriendo en el departamento. Cada semana, a la misma hora, aquel ruido metálico convocaba a Maggie para hablar ante una curiosa máquina negra que, según le había explicado Ulrich, se llamaba teléfono.

Luego de un corto vuelo, Bathsheba se posó en un arbusto de lilas que crecía bajo la ventana de la cocina para poder asomarse y ver a la niña, que estaba de pie en el angosto vestíbulo en penumbras. Como ocurría siempre cuando ella hablaba en esta circunstancia particular, una profunda arruga aparecía en su frente y sus ojos enormes parecían enfocados en algo muy lejano, algo que le causaba dolor.

La reyezuelo estuvo observándola unos momentos hasta que oyó un chillido conocido, procedente del fondo del descuidado jardín a sus espaldas: quería decir que su gruñón camarada, Ulrich, estaba listo para tomar el relevo.

En respuesta, ella cantó su melódico trino y luego, con un último vistazo a Maggie, cruzó volando el jardín sin hacer ruido hasta posarse en el gran roble. Siempre le asombró, quizá más que ninguna otra cosa, que la gente de este mundo considerara a los árboles como objetos casi

inanimados, tan mudos e inertes como la barda de ladrillo a punto de caerse donde los cachorros de zorro jugaban durante la noche.

Se posó junto al gran búho gris y se transformó. Así que cuando Ulrich giró su enorme cabeza, vio junto a él a una diminuta mujer de cabello azul con ojos penetrantes a tono que ya parecían reírse de él. Con cualquier otro ente se habría sentido ofendido, pero por alguna razón era incapaz de disgustarse con ella.

—¿Y a qué se ha dedicado el día de hoy la Señorita Nadie? —preguntó gruñón.

—A nada —repuso Bathsheba con arrogancia, a sabiendas de que iba a molestarlo—. La dejé hablando por teléfono.

—A lo que seguirá una noche de inactividad, puedo imaginarlo —Ulrich escupió hacia el suelo reseco debajo de ellos, o hizo su mejor esfuerzo por escupir, para lo cual los búhos no son muy duchos—. El día en que la Señorita Nadie haga algo interesante, créeme, quedaré conmocionado. Creo que Roda me ha impuesto un castigo —añadió agitando las plumas de su cabezota—. ¿Qué habré hecho?

Sin esperar respuesta, emprendió el vuelo. Bathsheba lo miró posarse entre la fronda del fresno moribundo del vecino. Con su extraordinaria vista, podía espiar a Maggie desde cualquier parte del jardín. Tenía un aspecto tan feroz allí posado, con los enormes ojos permanentemente asombrados, que a Bathsheba le ganó la risa. Si algo no cambiaba pronto, Ulrich iba a explotar.

Sin embargo, en ese momento, una sensación de que algo malo iba a pasar la recorrió como un escalofrío. Se tragó la risa: en su patria la guerra se había desatado. No tardarían en llamarla y entonces echaría de menos estos días largos y aburridos montando guardia; pronto todo iba a cambiar y no para mejorar.



2

LOS DINOSAURIOS

—¿Sabían que los dinosaurios vivieron en la Tierra durante ciento sesenta y cinco millones de años antes de extinguirse?

Mediaba el mes de julio y hacía un calor insoportable. A lo lejos, Maggie podía oír los gritos de los chicos que jugaban fútbol y ladridos de perros que perseguían pelotas por el pasto amarillento de la cancha grande. El cielo era un domo azul encima de su cabeza, ilimitado y al mismo tiempo sujeto en su lugar por alguna fuerza invisible. Todo transcurría de manera lenta y perezosa.

Excepción hecha de Will, que no paraba de hablar:

—Y *nosotros* apenas llevamos siete millones de años. O sea, ¿no les parece increíble?

Ida estaba reclinada hacia atrás, apoyada en los codos. Parecía como si el pasto crecido se afanara por rozar sus suaves brazos morenos.

—Sí, Will, es increíble, pero como que no hicieron nada muy interesante en esos ciento sesenta y cinco millones de años, ¿o sí? Aparte de comerse unos a otros.

—Bueno, en rigor eso no es cierto. Muchos eran herbívoros, como el estegosaurio, por ejemplo. Pero en todo caso, la parte más interesante del asunto es el meteorito

—prosiguió dándose prisa, tratando de no perder la atención de las chicas—. Todo en el epicentro del impacto fue incinerado en un instante. ¡*Fuum!* El exceso de carbono en el aire destruyó lo que quedaba, o casi todo lo que quedaba. Fue como una bomba nuclear multiplicada por un millón.

—Esa es una cifra científica, ¿verdad?

Will prosiguió como si no se hubiera percatado del rudo sarcasmo.

—Después todo fue polvo, muchísimo polvo dando vueltas por toda la Tierra. Setenta y cinco por ciento de las formas de vida perecieron. Estaba siempre oscuro, no existía el día.

Maggie experimentó un ligero sobresalto y volteó a mirar a Ida, pero a ella no se le movió un cabello; permanecía siempre imperturbable.

—Digo, en realidad podríamos hacer nuestro trabajo solamente sobre el tema del meteorito —dijo Will.

Ida se incorporó, con mirada burlona. Sonrió.

—*Podríamos...* Pero insisto, ¿a quién le interesa hacer un trabajo sobre un pedazo de roca que arrasó con unos cuantos reptiles hace millones de años? Agarra la onda, Will. Es como los habitantes del medioevo o algo así. ¿A quién le importan?

—¿Y las sufragistas te parecen *súper* fascinantes?

—Fueron mujeres valientes y brillantes que cambiaron el mundo. Fueron ellas las que abrieron brecha para las oportunidades que hoy tienen las niñas y las mujeres.

Las opiniones de Ida a menudo sonaban a cosas que había leído en un libro y que se limitaba a repetir palabra por palabra, como un loro. La idea cruzó sin pedir permiso por la mente de Maggie y ella rápidamente la suprimió.

Will sorbió por la nariz.

—A mí me aburren.

—Solo porque son mujeres.

—Incorrecto.

Will apartó su denso fleco rubio de sus ojos y su frente sudorosa, y el grueso cabello se acomodó en su cabeza formando un ángulo caprichoso. Aun en la sombra el calor era infernal.

Ida se volvió de pronto hacia Maggie.

—¿Tú qué piensas, Maggie?

A Maggie le incomodaba que alguien enfocara sobre ella los reflectores. Se sonrojó ligeramente y se encogió de hombros.

—Me parece bien cualquiera de los dos.

Tanto Ida como Will refunfuñaron y luego siguieron discutiendo. Maggie no lograba entender por qué les gustaba tanto discutir. A ella lo mismo le daba si hacían el trabajo de verano sobre los dinosaurios, las sufragistas, los habitantes del medioevo o los dinosaurios sufragistas de los habitantes del medioevo. Para ella todo era escuela, nada más... Un flujo monótono de tareas y exámenes aburridos de los que nunca parecía salir muy bien librada.

Su mente divagó de nuevo lejos de la conversación. Ya no lograba imaginar la lluvia o el frío o los cielos grises; era como si siempre hubiera estado ahí la ola de calor. Y como si ella, Ida y Will hubieran sido amigos siempre.

Al principio, Ida ponía de pretexto el trabajo de verano para llamarla, pero luego dejó de preocuparse por dar explicaciones y Maggie comenzó a dar por hecho que se verían cada tercer día. Will e Ida se la pasaban quejándose de lo aburridos que estaban, así que Maggie procuró hacer lo mismo. Pero, aunque no se lo dijera a nadie, eran las mejores vacaciones de verano que había tenido desde hacía mucho tiempo.

Tras todo lo ocurrido en el Mundo Oscuro, la vida había seguido un curso muy tranquilo y muy normal. Y aunque al regresar a clases en enero Ida no había cumplido al pie de la letra su promesa de que se sentarían juntas y eso, ella, Helena y Daisy dejaron de meterse con Maggie y de cuando en cuando Ida la saludaba y le sonreía. Después, el profesor Thomas las había juntado para el trabajo de Biología y, por casualidad, Will se les había unido por haber llegado tarde luego de una cita con el dentista. Aunque Maggie se preguntaba si no sería que el profesor Thomas estaba tratando de ayudarla, porque ella era la peor de la clase y los otros dos, los mejores.

Will Snowden era más bien un solitario, pero tenía una asombrosa confianza en sí mismo que parecía irradiar de su casco de pelo rubio, casi blanco. Nadie se metía con él, a pesar de ser un poco un sabelotodo, y genuinamente no parecía importarle lo que otros pensarán de él. Maggie hubiera querido ser así.

Terminado el trabajo de Biología, empezaron a hacer la tarea juntos en la biblioteca de cuando en cuando, o Will e Ida hacían la tarea y Maggie copiaba sus respuestas. Ida hasta se le unía para hacer juntas el trayecto a casa algunas veces. En esas ocasiones, Ida nunca le preguntaba nada a Maggie. Se la pasaba hablando de ella y sus amigas y de lo que estaban haciendo, en una cháchara interminable. Se cuidaba de hablar del Mundo Oscuro o del miedo que había tenido o de las cosas que le había contado aquella Nochebuena en Moss Hill. Maggie lo entendía. Tampoco ella quería hablar de eso.

Y luego, durante las vacaciones de verano habían formado este trío improbable. (Helena y Daisy habían salido de la ciudad, pero aun así...). Maggie nunca antes había

formado parte de un grupo y qué sensación tan grata fue para ella, una sensación de pertenencia. No permitiría que nada la pusiera en peligro.

Distraídamente tironeaba el delgado extremo de la trenza que Ida le había hecho aquella mañana; le había estirado tanto el pelo que aún le dolía el cuero cabelludo. Luego ambas se habían mirado en el espejo para elogiar la destreza de Ida y ella le había dicho que se veía súper bien, pero Maggie sabía que mentía. Sobre todo, si estaba al lado de Ida. Su pelo recogido hacia atrás de esa manera solo conseguía que sus ojos se vieran más grandes y más extraños. Nunca tendría la belleza de su amiga.

Y a pesar de haber cumplido trece años hacía pocas semanas, Maggie apenas había crecido. Ida, en cambio, se había estirado por lo menos cinco centímetros. Esto fue una oportunidad perfecta para que la mamá de Ida le diera a Maggie la ropa usada de su hija. Ahora tenía buenos *jeans* (aunque con las perneras remangadas varias veces), y montones de playeras y suéteres caros, todo con el aroma delicioso del suavizante de tela que usaba la empleada doméstica de los Beechwood.

Maggie sabía que era un gesto muy generoso, pero en secreto no podía evitar un sentimiento de vergüenza duro como una piedra cada vez que pensaba en ello... así que procuraba no hacerlo.

Los otros dos se habían puesto de pie. Haciéndose sombra en los ojos para protegerse del sol inclemente, Maggie vio a Ida mirándola desde arriba, su silueta recordada contra el cielo.

—Vámonos.

Maggie se calzó sus viejos zapatos y sintió las plantillas gastadas deliciosamente frías en sus pies desnudos. Sus pies eran mucho más pequeños que los de Ida, lo cual

era en cierto modo un alivio. Sus tenis estaban muy desgastados y se les habían hecho algunos agujeros, pero los prefería a tener más cosas de segunda mano; así se salvaba de ser del todo una beneficiaria de la caridad.

Cruzaron la extensión de pasto y se metieron por una callejuela fresca entre dos casas de ladrillo hasta desembocar en una calle con una hilera de tiendas y un restaurante italiano, cerca de donde vivía Will. Maggie volteó a ver a Ida y se preguntó si alguna vez habría estado en casa de Will. Pensó en el diario de Ida: en la revelación de que a Ida de verdad le gustaba Will, le *gustaba*. Nunca había interrogado a Ida a este respecto, aunque siempre tenía la intención de hacerlo. Se preguntaba si algunas veces estarían juntos sin ella. Pero de nueva cuenta suprimió ese pensamiento. ¿Por qué iba a estar siempre tratando de arruinar las cosas?

Entraron en la papelería. Estaba oscuro y algo húmedo. El señor Floros los saludó con su voz tipluda y su sentencia acostumbrada.

—No vayan a robarse nada —les dijo oculto tras su periódico.

Will se asomó al congelador, tratando de decidirse entre un Cornetto, una Magnum y un Twister. Una disyuntiva en extremo difícil.

—¿Vas a salir de vacaciones, Maggie? —preguntó, aún dándole la espalda mientras hurgaba en el interior del congelador. Will se iba a ir a Noruega, a visitar a sus familiares, y de ahí a España. Ida iba a pasar varias semanas en Italia.

—Ejem, vamos a Norfolk unos días. No tan emocionante como lo que harán ustedes, pero...

Sintió que sus mejillas enrojecían e internamente se lo reprochó.

No tenía idea de por qué había empezado a mentir de cuando en cuando, pero no dejaban de escapársele algunas mentirillas. Maggie podía sentir la mirada risueña de Ida —su amiga tenía la enigmática cualidad de saber cuándo ella estaba inventando algo—, pero no quiso mirarla a los ojos. Para ella era un alivio ya no sentir las emociones de Ida; ni las de nadie más, para el caso. Aquello no había vuelto a ocurrir desde su regreso del Mundo Oscuro.

—Ah, genial. Norfolk es increíble —respondió Will y se apoderó de un Cornetto de fresa.

Cuando Maggie volvió a Milton Lodge, el único ser cuya mente siempre podía leer estaba esperándola en el tapete de la entrada. La recibió con el ceño fruncido y la cola chicoteando con molestia.

—¿Sería mucho pedir que tú o la vieja mantuvieran un horario más o menos regular? Un gato podría atrofiarse con facilidad mientras espera que aparezca alguna de ustedes.

Maggie sonrió condescendiente cuando Jogui, el viejo gato tuerto y su mejor amigo, se dignó a dejar su lugar para venir a enredarse entre sus piernas. La cola pesada y suave le hacía cosquillas mientras ella acariciaba la pelambre raída y él ronroneaba intensamente. Jogui no solo era su amigo: era la persona, o la criatura, con quien se sentía más a gusto.

Rodearon juntos la casa hasta el desmelenado jardín, ahora ralo y amarillento, hirviendo bajo el sol. Aquella mañana el hombre de la radio había dicho oficialmente que había sequía.

Maggie levantó la vista hacia el opresivo cielo azul.

—¿Sabes cuándo fue la última vez que llovió, Jogui? —preguntó.

—¡Bah! ¿Yo cómo voy a saberlo? —repuso—. ¿Ahora vas a sacar del refri el resto de mi atún, o tienes otros planes?

Maggie abrió la puerta del jardín y encontró el departamento desierto y ocupado por un calor estancado. Su tía Esme había salido, como de costumbre.

—Vamos, pues.

Era motivo de gran frustración y hasta de cierta humillación para Jogui no ser capaz, aun equilibrándose sobre sus macizas patas traseras, de abrir la pesada puerta del refrigerador. Una vez, Maggie lo había descubierto al borde de la desesperación, arañando la junta de hule en su intento por sacar los restos de unas sobras de salmón que Esme le había prometido, para olvidarse enseguida de cumplirlo.

Maggie vació la media lata de atún en el plato de Jogui y añadió un puñado de croquetas. Pronto las quijadas del gato participaron con delicadeza. Después se tendió en el sofá junto a ella y dio comienzo a su riguroso ritual de limpieza, que ocupaba la mayor parte de su tiempo, aunque siempre tuviera exactamente el mismo aspecto.

Estaba del todo recuperado de su terrible experiencia en el Mundo Oscuro, salvo por la larga cicatriz impresionista que *miss-Cane-la-Loba* había dejado marcada en su panza. Pero el viejo gato había perdido todo su gusto por las peleas, luego de haber salido vivo de milagro de aquellas aventuras. Estos días prefería por mucho ser mimado infinitamente y alimentado a cuerpo de rey por Esme, que lo adoraba más allá de toda medida.

La versión oficial era que, desde sus grandes aventuras en otro mundo, las pequeñas escaramuzas suburbanas, que la verdad no estaban a su altura, habían terminado por aburrirlo. De modo que había concedido

de buen grado su territorio de tres cuadras (en el turno vespertino) a una facha de gato pelirrojo de nombre Franz. Según el propio Jogui, Franz tenía un temperamento violento, un temible coeficiente talla-peso y un gancho de derecha relampagueante. Además, tenía dos años. Desde la comodidad de los cojines del sofá de Esme, Jogui aseguraba a Maggie que sus antiguos dominios no cambiarían de zarpas por algún tiempo. Aunque a él, por supuesto, eso lo tenía sin cuidado.

Ahora su único ojo la miraba expectante. Desde su restablecimiento, las antiguas preferencias cinematográficas de Jogui, de corte más bien esotérico, se habían sosegado y de momento estaba obsesionado con comedias de los ochenta y noventa.

—¿Entonces qué, vamos a ver *Quisiera ser grande o Sirenas*?

Cuando Maggie estaba en recuperación de las lesiones infligidas a ella por la ahora difunta *miss-Cane-la-Loba*, Esme había sacado de algún clóset una tele, una videocasetera vieja y unos videos para que se entretuvieran. Para su sorpresa, resultó que tenía una colección de videos grande y variada. Estos días, Maggie y el gato a menudo se sentaban juntos a ver películas, porque Jogui se sentía cada vez menos de humor para colarse al viejo cine del rumbo como solía hacerlo.

A veces Esme se les unía por la noche, aunque, claro, la tía de Maggie daba por hecho que Jogui estaba dormitando o pensando en un pollo, y no haciendo notas mentales sobre los actores y la estructura narrativa. Con frecuencia los videos eran de muy mala calidad y de pronto por la pantalla subían franjas o una escena crucial había sido accidentalmente sustituida por un fragmento de *Antiques Roadshow*, un *reality show* emitido por la BBC.

Pero para Maggie, su pequeño cineclub era un descanso, sobre todo en el verano, cuando el aire caliente entraba por la puerta y la luz de la pantallita de la tele iluminaba sus tres rostros. Entonces tenía la sensación de estar en familia, aunque se tratara de una familia poco convencional.

Pero aquella tarde Jogui sí se quedó dormido y, luego de un rato, franjas de interferencia irrumpieron en el video en el momento en que Tom Hanks tocaba *Los changuitos* en el enorme teclado de la juguetería. Maggie trató de componerlo zarandeando la vieja tele, pero un mar de ruido blanco cayó como nieve y en la ventisca quedó sepultado el Nueva York de los ochenta.

De mala gana se dio por vencida y apagó la tele. En la sala polvorienta estaba fresco, pero afuera el calor aún campeaba inmisericorde. La ansiedad le carcomía las entrañas: hacía tiempo que prefería no estar sola. Cuando no había nadie en la casa, le daba por pensar en el Mundo Oscuro y lo que allí había visto.

En sus sueños aún aparecía el rostro horrible, distorsionado, del profesor Yates, aplastado contra el vidrio caliente, o *miss-Cane-la-Loba* echándosele encima, o el cuerpo de Frank tirado en el bosque, o sentía las manos de Eldrow aprisionando su garganta. Ahora vino a su mente Dorothea Dot, la anciana señora, bruja de la Luna y gran amiga de Esme. Había desaparecido de pronto, pasada la Navidad... aparentemente sin dejar rastro, aunque ahora ya sabían...

Sonó el teléfono en el vestíbulo, aliviando a Maggie de esas remembranzas indeseadas. Ahora había un único aparato. Esme había empacado la pieza de museo que solía estar estacionada junto al sofá y no la había sustituido. Maggie no hizo ningún esfuerzo por contestar y pronto se escuchó el embarazoso mensaje de la contestadora de Esme.

Tras el pitido, una voz conocida, seca, resonó en el aire recalentado: “Buenas tardes, señora Durand. Soy la doctora Naradnam, hablo del hospital. Favor de devolverme la llamada a la brevedad posible”. Enseguida la llamada se cortó.

Maggie odiaba la voz de aquella mujer. No creía que una persona con esa voz pudiera hacerse cargo de cuidar a nadie. Siempre imaginaba que la doctora consideraba a su mamá como una especie de rata de laboratorio. Empezó a dar vueltas alrededor de la sala, sintiéndose de pronto incapaz de quedarse quieta.

—¿Podrías, *por favor*, dejar de dar vueltas? —se oyó una voz gruñona salir del sofá.

—¿Podrías, *por favor*, callarte? —Maggie rechistó.

No esperó a oír la respuesta de Jogui y salió corriendo al jardín. Sintió que se estrellaba contra el aire caliente, pero la intensidad del calor la hizo sentirse mejor. La vieja pared del fondo seguía derruida; el jardín seguía siendo un desastre. Eso le gustaba. Caminó hacia el fondo, se sentó en los ladrillos rosáceos que estaban a punto de desmoronarse y sintió en la piel el picor del sol.

Esta era la otra cosa en la que procuraba no pensar: su mamá. Seguía en el hospital con una depresión grave. Pero la doctora Naradnam había telefonado un día para decir que Cynthia estaba cada vez más paranoica, lo que no encajaba con su comportamiento habitual. Que decía que una persona conocida suya había sido asesinada y estaba convencida de que a ella la vigilaban y sería la siguiente víctima. Habían aumentado la dosis de su medicamento, porque era lo único que se le ocurría hacer a la doctora —no parecía ocurrírsele nada mejor que “aumentenle la dosis”—. ¿No eran muchos siete años de estudios para aprender eso?

Esme prefirió que Lionel Brown no se enterara. El papá de Maggie había estado viviendo en Toronto desde hacía nueve meses con su nueva novia y apenas había mandado unas cuantas postales y llamado por teléfono alguna vez. Maggie no podía decir que lo extrañara mucho y desde luego a su madre no iba a ayudarla en nada: obviamente le tenían sin cuidado tanto ella como su mamá.

Maggie sintió que la nariz empezaba a arderle, así que se incorporó y volvió a entrar en el departamento. Tenía que serenarse y ponerse lista, y dejar de pensar en el pasado. La verdad era que en muchos aspectos su vida nunca había sido mejor. Tenía amigos y una suerte de familia. Y lo mejor de todo: era libre. Nada había ocurrido después de su dramática huida con Ida y Jogui; el Mundo Oscuro la había dejado irse de una vez y para siempre.